

Diario de Irak / Nota VII y última

El virrey y su obsesión por crear un nuevo país

Paul Bremer, titular de la reconstrucción, está convencido de que eventualmente la democracia y la libertad se impondrán en Irak

- **Asegura que Bagdad se transformará en la vanguardia de Medio Oriente**
- **Admite, sin embargo, que el proceso llevará tiempo**
- **Promete dejar la nación tras las elecciones**

BAGDAD.- Con las primeras luces del alba, entre las cinco y las seis de la mañana, el embajador Paul Bremer abandona la caravana sin aire acondicionado donde pernocta, y corre sus cinco kilómetros diarios por los jardines del antiguo palacio de Saddam Hussein. Luego, se ducha y se zambulle quince horas en su despacho, en el corazón de la gigantesca construcción llena de arañas de cristal, baldosas de mármol y cúpulas doradas que construyó, como un monumento a su megalomanía, el dictador iraquí. Y, para que no cupiera duda sobre sus intenciones, coronó el enorme complejo con cuatro gigantes cabezas de cobre hueco en que Saddam aparece como Nabucodonosor.

Bremer tiene 62 años pero parece mucho menor. Graduado en Yale y en Harvard, fue embajador en Holanda y en Noruega, embajador itinerante del presidente Reagan; es experto en crisis y en contraterrorismo y llevaba diez años retirado, en un próspero trabajo privado, cuando el presidente Bush lo llamó para ofrecerle el oficio más difícil del mundo: dirigir la democratización y reconstrucción de Irak. Lo aceptó porque siempre ha creído en el servicio público y porque su padre le enseñó que si uno tiene la suerte "de nacer en el mejor país del mundo" ("bueno, nosotros creemos que es el mejor país del mundo", matiza) está obligado moralmente a hacer todo lo que el presidente le pida. Además, lo aceptó porque está convencido de que es posible hacer del Irak post-Saddam una democracia que contagiará su entorno y permitirá una transformación esencial de todo Medio Oriente.

Habla con claridad y coherencia, y, a ratos, se aparta de las banalidades congénitas de cualquier detentador de un cargo público para decir cosas inteligentes. Pero, por su entusiasmo para describir el futuro promisorio de Irak, olvida las leyes de la hospitalidad y no nos ofrece ni un vaso de agua ni a mí ni a mi hija Morgana, que boqueamos de sed y de insolación, pues hemos protagonizado una odisea para llegar a este despacho (con una hora de atraso).

La cita era a las 11.15 y estuvimos a las 10.30 en la entrada, junto al gran arco, entre los alambrados y barreras de la guardia. Allí debían esperarnos dos oficiales de la Misión Militar Española del CPA (Coalition Provisional Authority). Pero el teniente coronel Juan Delgado y el coronel Javier Sierra habían estacionado su auto delante del arco, en tanto que nosotros los esperábamos detrás. Este desencuentro nos echó a mi hija y a mí en

ESPACIO DE PUBLICIDAD

Agosto				
dom	mar	mie	jue	vie
		1	2	3
6	7	8	9	10
13	14	15	16	17
20	21	22	23	24
27	28	29	30	31

2001

archivo
LA NACION LINE

Fotos



En una calle de Umm Qasr, Bremer explica a un grupo de iraquíes sus planes para administrar el país

Foto: Reuters / Archivo

TEMAS RELACIONADOS

- > [Investigan lazos de Al-Qaeda en Irak](#)
- > [Se identificó al atacante del hotel de Yakarta](#)
- > [Ante un nuevo tipo de peligro](#)
- > [Hamás amenazó con romper la tregua](#)

manos de unos soldados que nos registraron, nos pidieron unos pases incomprensibles y nos advirtieron que jamás nos dejarían cruzar las rejas hacia el lejano despacho de Bremer.

Durante una hora pivotamos entre distintas puertas del palacio, separadas por centenares de metros que debíamos cruzar a pie, bajo un sol ígneo. Cuando por fin un oficial aceptó llamar a la oficina de informaciones de Bremer, no pudo hablar con nadie porque todos los empleados había ido al aeropuerto a dar la bienvenida a Arnold Schwarzenegger, que venía a pasar el 4 de julio con las tropas en Bagdad.

En la más ardiente mañana de mi vida, y cuando ya habían pasado treinta minutos de la hora de la cita, Morgana, temeraria e inoportuna, decidió dar una lección de buena crianza al ejército de los Estados Unidos y se puso a rugirle al sargento jefe del pelotón que ella no aguantaba que le levantaran la voz, ni la falta de cooperación de tanto patán uniformado, con lo que yo deduje que, además de no ver a Bremer, no era imposible que diera con mis huesos en uno de los calabozos del palacio.

En ese momento, providencialmente, apareció un teniente en zapatillas dotado de racionalidad. Entendió todo y pidió que lo siguiéramos. Así llegamos a la antesala del embajador. Quince minutos después compareció un amable coronel, adjunto militar del procónsul, que nos preguntó si veníamos a cubrir la entrevista que Bremer tendría con el premio Nobel. ¿Se había inventado Miguel Moro Aguilar, encargado de la embajada de España, que me gestionó esta cita, semejante credencial para que Bremer no pudiera decir no? Cuando expliqué al decepcionado coronel que no había ningún premio Nobel a la vista y que la cita era, apenas, con un novelista del Perú, aquél murmuró, con desmayado humor: "Si usted le cuenta toda esta confusión al embajador, me despide".

Una hora después de lo debido, aquí estamos, con el hombre al que los terroristas intentaron matar días atrás, en el Museo Nacional, un atentado que, por cierto, la seguridad detectó y atajó a tiempo. Me cuenta que pasó su luna de miel en el Perú, en 1965, y que él y su esposa tuvieron la suerte de visitar Machu Picchu.

¿Qué va a ocurrir ahora en Irak? Por lo pronto, la designación de un Consejo de Gobierno iraquí, de 25 personas, representativas de todas las tendencias políticas, religiosas y étnicas, que tendrá poderes ejecutivos, nombrará ministros y comisiones de técnicos y expertos para poner en marcha las instituciones públicas. El Consejo intervendrá en la elaboración del presupuesto y en la puesta en marcha de la economía de las privatizaciones.

Bremer dice que la economía de mercado y la democracia convertirán a este país, que Saddam con su frenético derroche armamentista y su socialismo estatista arruinó, en una nación pujante. "Si Lee Kwan Yoo consiguió hacerlo en Singapur, un país que no tenía otro recurso que su gente, imagine lo que puede lograr Irak, con sus ingentes recursos. Y no pienso sólo en el petróleo, también en la tierra."

Partir tras las elecciones

Un par de semanas después de mi visita, en efecto, fue instalado el Consejo de Gobierno, de 25 miembros, con un reparto proporcionado a la composición político-social iraquí: 13 chiitas, cinco kurdos, cinco sunnitas, un turcomano y un cristiano. Entre ellos, tres mujeres y un comunista. Según las primeras declaraciones de Bremer, este organismo iba a ser sólo "asesor", es decir, decorativo, pero, al parecer por consejo insistente de Sergio Vieira de Mello, el enviado especial de la ONU, el embajador consintió en otorgarle poderes ejecutivos. Cuando se lo pregunto, me responde: "Mi colaboración con Vieira de Mello es excelente".

Según su plan, este Consejo de Gobierno plural abrirá un período de acciones múltiples, con participación creciente de la ciudadanía en todos los órdenes, que irá, de una manera práctica, impulsando la democratización. Mientras, una asamblea o comisión constituyente, conformada por gente respetable y capaz, pondrá a punto una Constitución democrática, "garantizando la libertad, la legalidad y los derechos de la mujer", que los iraquíes deberán legitimar mediante un plebiscito. Entonces, Irak celebrará las primeras elecciones libres de su historia y él, sus 600 subordinados y los 140.000 soldados estadounidenses, se marcharán.

Bremer asegura de manera enfática que esto va a ocurrir y que los terroristas que emboscan y abaten en las calles a soldados norteamericanos no frenarán el empeño de Estados Unidos en llevar a cabo este proceso democratizador hasta sus últimas consecuencias. ¿Seguirá apoyándolo la opinión pública de Estados Unidos, pese al altísimo costo económico y humano que tendrá? Sin la menor duda. El recibe aquí, a diario, delegaciones bipartidarias, y, pese a las rencillas acrecentadas por el proceso electoral de Estados Unidos, demócratas y republicanos coinciden en que esta empresa debe llegar a buen puerto, cueste lo que cueste.

¿Quiénes son los terroristas? Varios grupos, que actúan de manera dispersa, sin una dirección central. Los criminales comunes que Saddam soltó de las cárceles. Residuos militares de la dictadura, oficiales de la Guardia Republicana, de los fedayines, torturadores y agentes con prontuario de la policía política (la mukhabarat) a quienes les interesa que cunda el caos. Comandos de Al-Qaeda venidos del exterior, así como comandos enviados por los sectores más fanáticos del gobierno de Irán, que temen, y con justa razón, en sus fronteras, un Irak libre y democrático.

Estas fuerzas irán siendo aniquiladas, con determinación y método, gracias a la colaboración de los iraquíes, a medida que empiecen a funcionar la policía y las milicias locales, entrenadas por las fuerzas de la coalición, operación que está ya en marcha. Y la captura o muerte de Saddam liberará a muchos iraquíes del terror que todavía sienten ante la idea de que el tirano pueda volver al poder a pedirles cuentas por haber decapitado sus estatuas.

He oído decir mucho, en estos días, a iraquíes y extranjeros, que Paul Bremer no está aquí en su elemento, que Irak, el mundo árabe, Medio Oriente, son para él temas exóticos. No es mi impresión. Por el contrario, parece moverse como pez en el agua en las turbias aguas de las diferencias, enemistades y afinidades entre las innumerables fracciones, comunidades, etnias y religiones iraquíes -chiitas y sunnitas, árabes, kurdos, turcomanos, armenios, cristianos- con observaciones sutiles sobre las dificultades de hacer coexistir ese mosaico tan disímil.

"Será difícil, pero ocurrirá, ocurrirá", repite muchas veces. Para él, lo definitivo, más que las instituciones que se creen y las consultas electorales, será la acción cotidiana, el descubrimiento que ya están haciendo los iraquíes de lo que significa ejercer la libertad, en este país en el que, pese a la inseguridad, a la falta de agua y de luz, desde el 9 de abril se han abierto medio centenar de periódicos y fundado setenta partidos políticos. "Todo esto puede parecer algo anárquico. Pero lo que está en marcha es una verdadera fuerza sísmica, la experiencia directa y cotidiana de la libertad, de la participación en todos los niveles de la vida social. Una vez que hayan comprendido lo que ello significa, los iraquíes no dejarán que se la arrebatan nunca más." En muchos pueblos y barrios ya funcionan municipalidades genuinas, surgidas de manera consensuada, en las que los vecinos participan y a las que fiscalizan, con una libertad de acción que este país no había conocido.

Cuando le digo que no he oído a un solo iraquí lamentar la caída de Saddam, ni siquiera los bombardeos que acabaron con su régimen, pero que, en cambio, todos con quienes he

hablado están indignados, humillados, ofendidos, por la pasividad de las fuerzas norteamericanas ante los saqueos, robos e incendios que han destruido Bagdad y arruinado a miles de vecinos, me recuerda que aquello ocurrió "cuando yo no estaba aquí, cuando llevaba una vida tranquila en la esfera privada". Pero es verdad: "No haber parado los saqueos fue el peor error que cometimos y nos va a costar billones de dólares reparar esos daños". Estados Unidos no va a escatimar recursos en reconstruir los servicios, restaurar la infraestructura, para que este país despegue y se coloque a la vanguardia de la modernización en Medio Oriente. Habla con la convicción de un misionero y creo que cree lo que me dice.

¿Puede materializarse ese sueño? Creo que sólo a condición de que Estados Unidos, o las Naciones Unidas, asuman el altísimo costo, en pérdidas humanas y en recursos que pueden ser cuantiosos, de una larga ocupación. Es una ilusión suponer que los actos de sabotaje, atentados y emboscadas de los distintos grupos de la resistencia, en este país donde el embajador Bremer calcula que hay unos 5 millones de armas diseminadas entre la población civil, van a ser rápidamente aplastados, aun luego de la muerte o captura de Saddam. Lo probable es que, por un período que podría ser largo, aumenten y las víctimas se multipliquen, y los daños y sabotajes en la infraestructura sean grandes, de manera que la recuperación de la economía y la creación del empleo, una urgencia dramática para el 70% de la población, que está en paro, vayan en cámara lenta.

Una democracia sobresaltada

Por otro lado, la adaptación a la democracia no será rápida ni sin sobresaltos en un país donde el factor religioso presenta obstáculos difícilísimos para el establecimiento de una verdadera libertad e igualdad entre los sexos. No hablo sólo de los extremistas fanáticos, que sin duda son una minoría. Incluso entre los musulmanes medios y avanzados, y también entre los cristianos de Irak, he encontrado, a menudo, en temas que conciernen a la mujer, a la libertad de expresión o al Estado laico, prejuicios y anticuerpos tan recios que costará tiempo superar. Las animosidades y rechazos entre las comunidades religiosas, políticas y étnicas están muy a flor de piel, y acaso inflamadas, ahora que pueden salir a la luz y ya no se hallan sofocadas por una autoridad represora, de modo que establecer esos consensos básicos sobre los que se edifica una democracia en el mosaico iraquí será, también, difícil.

Pero nada de eso es imposible, desde luego. Sobre todo si, como afirma Bremer, el pueblo iraquí comienza a ejercitar esa libertad que no ha conocido y se acostumbra a ella, en un medio en el que el orden básico esté asegurado. Hoy ese orden sólo puede provenir de las fuerzas de la coalición o -y esto sería lo mejor que podría ocurrir- de una fuerza de paz avalada por la ONU.

Al salir del despacho del embajador Bremer, aparecen el teniente coronel Juan Delgado y el coronel Javier Sierra. Respiran, aliviados. Nos han estado buscando toda la mañana por el dédalo de casamatas, barreras, puestos de control y patrullas de los antiguos dominios de Saddam Hussein. "Estamos vivos", los tranquilizamos. "Pero muertos de sed. Cualquier líquido, por caridad, aunque sea una Cola-Cola."

A la mañana siguiente, en las largas horas de ruta a través del desierto que me lleva de Bagdad a Amman, donde tomaré el avión de vuelta a Europa, me pregunto una vez más - lo he hecho todos los días en Irak- si fue un acierto o un error oponerme a la guerra que Estados Unidos decidió unilateralmente para derrocar a Saddam. La verdad es que las dos razones esgrimidas por Bush y Blair para justificar la intervención -la existencia de armas de destrucción masiva y el vínculo orgánico entre el gobierno iraquí y Al-Qaeda- no han podido ser probadas, y, a estas alturas, cada vez parecen más improbables. Formalmente, pues, las razones para oponerme fueron válidas.

Pero, ¿y si el argumento para intervenir hubiera sido, claro y explícito, acabar con una tiranía execrable y genocida, que ha causado innumerables víctimas y mantiene a todo un pueblo en el oscurantismo y la barbarie y devolverle a éste la soberanía?

Hace tres meses no lo sé, pero ahora, con lo que he visto y oído en esta breve estancia, habría apoyado la intervención sin vacilar. Sin ésta, Saddam Hussein habría caído, tal vez, pero gracias a un golpe gestado dentro de su propia camarilla, que habría prolongado de manera indefinida la satrapía con otros déspotas y otras consignas. Y la suerte de la inmensa mayoría de los iraquíes seguiría siendo, como siempre, por tiempo indefinido, la del oprobio y el atraso. Esto no es pesimismo, es -basta echar una mirada alrededor en Oriente Medio- estricto realismo.

Todo el sufrimiento que la acción armada ha infligido al pueblo iraquí es pequeño comparado con el horror que vivió bajo Saddam. Ahora, por primera vez en su larga historia, tiene la posibilidad de romper el círculo vicioso de dictadura tras dictadura en que ha vivido e inaugurar -como Alemania y Japón al terminar la Segunda Guerra- una nueva etapa, asumiendo la cultura de la libertad, la única que puede inmunizarlo contra la resurrección de ese pasado. Que esto sea realidad depende no sólo de los iraquíes, aunque, claro está, principalmente de ellos. Depende, sobre todo, ahora, de la coalición y del apoyo material y político que le preste la comunidad de países democráticos del mundo entero, empezando por la Unión Europea.

Por Mario Vargas Llosa
Para LA NACION

http://www.lanacion.com.ar/03/08/09/dx_518097.asp
LA NACION | 09/08/2003 | Página 04 | Exterior

Copyright 2003 SA LA NACION | Todos los derechos reservados